

19a

San Bernardino, 15 de Agosto, 1920

Querido Pedro,

— En dos o tres días vas a lo mandado.

Así me había dicho al despedirme esa tarde, aferrado ya al volante de tu auto y brescando con el pie y con los ojos la palanca. Pasados, pues, los tres días, si se tenía carta tuya, comencé a esperar, y a hacer conjeturas. Bien podía ser que estuvieras preocupado de otras cosas, y bien podía ser también que me hubieras escrito y tu carta se hubiera extraviado. Estaba decidiéndome algunos días ya a preguntarte lo que había, cuando como pájaros de tierra adentro se plenos van llegaron algunas revistas de mi casilla que tú me mandabas. Tomar de ellas va de venir lo otro, pensé. Y fue así. Ayer recibí las revistas; ayer, tu carta con el prólogo.

Por lo que me dices, parece que, en punto al mejor, la nevada influyó

5/3 5 Agosto 20 146

en que creyera tu presencia. De lo que
no me cabe duda es que por culpa
de la nieve haces en tu carta un dis-
te violento... Ese del hado, helado...

Aunque en un año he tenido oportu-
nidad de agradecerte infinidad de veces,
de palabra y tácitamente, el psicólogo.
vuelvo a manifestarte mi agradeci-
miento. Me queda como quedó, aunque
sea él haya cosas que ~~no~~ casi no me
atrevés a tocarlas para mí. Por ejem-
plo: lo del monumento... Y eso de re-
presentar en la intelectualidad chilena
uno de sus más altos y puros valores.

En fin, digo, esta es cosa entre Dios
y Pedro. Yo no me meto. - En general
y especialmente en lo que significa
apreciación del escritor, lo que tú di-
ces de mí me hace el efecto de que
se refiriera a otro, que preceda ser
yo también, pero no el de hoy. Cómo
he cambiado! Es como si ya no fuera
yo mismo.

Mañana lunes le mandaré el pró-
logo a García Monge, en carta certifi-
cada.

Saluda a los tuyos y si ves a Ried,
me lo recuerda.

Afectuosamente te abraza,

M. Ugallana Ugallana

Ni se me ocurre que la opinión que
puedo tener yo de mí mismo sea igual
a la que tengas tú de mí. Lo que hay
es que la idea que puede formarse de
mí mismo se ha modificado y si hace
algún tiempo me aprecié en algo, hoy
no sucede así. Tú sigues creyéndome
en la secretaría, pero lo mejor, como
ya no me crees, y de ahí querrás que
lo que tú dices de mí me dé la im-
presión de que se refiere a otro; pero
al pensar, me acuerdo, que no es de o-
tro de quien hablas sino de mí mis-
mo, yo me digo: ¡cómo he cambiado!
aunque no sea yo el que he cambiado
sino la opinión que tenía de mí mis-
mo, lo cual, para el caso, tanto da.

En ningún caso me he atrevido a
suponer que tú me has cambiado...

Quisiera aceptar la invitación que me
haces a almorzar en tu casa, pero no
tengo ánimo. Además tengo ser impetu-
so, causando malestar (ese malestar que
te produce mi cara afeitada) y por últi-
mo, que nada me ha dicho de retrato
García Mouge, querrá porque sabe que ya
no uso barba y esto ha de parecerle tan
bochornoso como a tí.

Con el afecto de siempre, te abraza,

M. Masallanas Mouge